

EL MUNDO

Domingo, 8 de febrero de 2009. Año XXI. Número: 6.940.

CRONICA

POLEMICA / CATORCE HIJOS POR FECUNDACION IN VITRO

MADRE DE OCTILLIZOS, NACIDA SOLO PARA PARIR

Su propia madre considera que su hija padece esta enfermedad. Con 33 años, Nadya, divorciada, ya tiene 14

PABLO SCARPELLINI

Los Angeles

Delante de la vivienda de los Suleman, en Whittier, un barrio de clase media a 25 kilómetros del centro de Los Angeles, hay unos cuantos triciclos y bicicletas. Los medios de comunicación que desde hace una semana cercan la residencia, ávidos de cualquier novedad que se produzca dentro, graban de arriba abajo la casa. En unas horas, las intrascendentes imágenes de las bicis infantiles abrirán los informativos de todo el país.

La responsable de semejante interés mediático, la mujer a la que las cámaras persiguen, no está en casa. Nadya Suleman no ha vuelto a ella desde que el pasado 26 de enero diera a luz en el cercano hospital Kaiser Permanence de Bellflower. Su parto se ha convertido en noticia de interés mundial al tener octillizos, los primeros de los que se tiene constancia que han sobrevivido tras el nacimiento. La expectación, desde luego, no es sólo por el récord. Nada más nacer, los octillizos de Whittier abrieron el debate acerca de la ética de una medicina dispuesta a prestarse a una fecundación in vitro tan numerosa. La polémica se avivó del todo cuando se supo que la madre, de 33 años, divorciada, ya tenía otros seis hijos de entre siete y dos años -suyas son las bicicletas de la entrada- y sumaba así una prole de 14 vástagos. Más aún: tras la marca batida -14 hijos, sola, en siete años, a una media de dos por año- se escondería la obsesión de Nadya Suleman por superar el trauma de una infancia solitaria. Lo contaba ella misma, el jueves, a la cadena de televisión NBC, en la primera entrevista que concedía tras su gesta. Ser hija única le afectó tanto, dijo, que se propuso tener como fuera «una familia enorme». Lo intentó hasta el cansancio prácticamente desde la adolescencia con un resultado absolutamente decepcionante para ella: tres abortos durante siete años de inútil tratamiento. La frustración la arrojó en brazos de una depresión que incluyó «pensamientos recurrentes sobre la muerte», según ella misma ha declarado.

UN HIJO AUTISTA

Hasta que en 2001, con 26 años, Nadya logró concebir a su primer hijo -hoy de siete años-, y a éste le siguieron sus hermanos de seis, cinco y tres años (éste, autista) y los gemelos de dos. Más los ocho recién llegados, quienes, aún muy débiles -seis chicos y dos chicas de entre 680 gramos y 1.470 gramos de peso- continúan ingresados en la unidad de neonatos.

«Cuando mi hija llegue del hospital, me marcharé», ha advertido tajante Angela Suleman, la madre de Nadya y abuela, por tanto, de las criaturas. Hasta que la prolífica mamá regrese es ella quien cuida los seis primeros hijos de Nadya, pero no parece muy dispuesta a seguir haciendo lo mismo con los recién nacidos: «Esto no puede seguir así», decía Angela telefónicamente a una agencia de noticias reprobando la actitud de Nadya, a quien considera enferma. «Es hija única y siempre me ha culpado por tenerla sólo a ella. No es mala, pero está obsesionada. Quiere a sus hijos, pero obviamente ha ido

demasiado lejos», se desahogaba la abuela.

Toda la familia reside en la modesta vivienda acorralada estos días por la prensa. Angela y su marido, Ed, con quien convive pese a estar divorciados, y Nadya y los niños en una casa de sólo tres habitaciones. Ha detallado Nadya los pormenores de sus ansias por ser madre pero no cómo piensa sostener a su enorme familia. Sin trabajo en la actualidad, se sabe que en agosto pasado recibió una indemnización por valor de 130.000 euros por una lesión de espalda crónica que sufrió cuando en 1999 atendió una revuelta que se produjo en el hospital de enfermos mentales donde trabajaba. Esa cantidad no le dará ni para cubrir los gastos de un alumbramiento que precisó 46 médicos y cuatro salas de parto. La factura hospitalaria podría alcanzar los 154.000 euros. Y sólo para mantenerlos el primer año necesitará cerca de 20.000 euros.

EXPERTA EN CUIDADOS

No es extraño, por tanto, que Nadya negocie la venta de entrevistas y de la imagen de sus ocho bebés. Según varias fuentes, la madre de los octillizos espera sacar unos dos millones de dólares de los medios, con nombres como Oprah Winfrey o la revista People en la puja. Además, dicen que planea conseguir patrocinios para sacar adelante a los bebés y aprovechar el tirón para lanzar su carrera en la televisión como experta en cuidados infantiles.

Aunque Nadya estuvo casada desde 1996 hasta el año pasado, con un tal Marcos Gutiérrez, todos sus hijos son de otro hombre. Los 14, del mismo. Aparte del nombre (David Solomon), de él sólo ha trascendido que mantuvo una relación con ella y que prestó su semen para la gestación de los embriones, mantenidos en congelación durante años. «Ya no quedan más embriones, así que se acabó», ha dicho con cierto alivio Angela, la abuela, sacando a relucir la cuestión de la ética médica del caso.

El nombre del especialista que ayudó a su hija sigue siendo un misterio bien guardado. ¿Cómo pudo implantar ocho embriones a una madre que ya había concebido seis niños por ese sistema?, se pregunta la opinión pública. «Nunca le proporcioné un tratamiento de fertilidad a una mujer que ya tuviera seis hijos, dice el doctor David Adamson, ex presidente de la Sociedad Americana de Medicina Reproductiva, quien, en 30 años de carrera nunca ha sabido de un caso similar.

«Está claro que la madre no estaba pensando en los pequeños si no en alimentar su propia personalidad obsesiva», se ha pronunciado respecto al caso David Diamond, codirector del Centro de Psicología Reproductiva de San Diego. «Lo que hay que preguntarse es en qué diablos estaba pensando esa señora cuando decidió hacer eso. Un bebé necesita de atención constante y con ocho resultará imposible», añade Lawrence Balter, profesor asistente de psicología aplicada de la Universidad de Nueva York.

Ajenos a todo este revuelo, los ocho bebés prosperan. Ninguno necesita respirador artificial y son alimentados con leche donada. Inicialmente se esperaban siete bebés, pero un octavo apareció de forma inesperada durante el parto, igualando el caso registrado en Texas hace una década, cuando una mujer africana dio a luz a ocho niños de los que sólo sobrevivieron siete.

Pese al éxito inicial, los riesgos para los octillizos siguen siendo altos. Mandhir Gupta, neonatólogo jefe del hospital donde nacieron, es optimista. «Creo que pueden tener unas vidas perfectamente normales, y, con el cuidado médico que les estamos dando, deberían tener unas vidas largas y sanas», dice.

El batallón de cámaras y periodistas que los aguardan frente a su casa, aguantan estoicamente la lluvia, tan poco habitual por estas tierras como el nacimiento de octillizos. Scott, un cámara del canal 4 de noticias locales, comenta irónico que, después de siete horas de guardia, tiene unas imágenes exclusivas del abuelo llevando la basura de un cubo a otro. Otro colega de la CNN lleva tanto frente a la casa que ha tenido tiempo de calcular que los

dígitos del número de la vivienda, el 13604, suman 14. Como los niños Suleman.

Baldomero Ramírez, el vecino de la casa de al lado, comenta a Crónica que todo lo que está pasando es un tanto abrumador, pero que está dispuesto a arrimar el hombro y ayudar a su vecina. «No dudaré en hacer lo que pueda por los niños», asegura el mejicano.

«ES UNA BARBARIDAD. AQUI NO HUBIERA OCURRIDO ALGO ASI»

Nadya Suleman jamás hubiera podido ver cumplidas sus obsesivas ansias de maternidad en España. Lo prohíbe la ley. Su caso -pregonado estos días como una hazaña médica en tiempos de crisis- ha removido conciencias y destapado un intenso debate ético, médico y moral en todo el mundo. ¿Es una irresponsabilidad implantar ocho embriones para que una mujer se quede embarazada? «Más que eso. Es una auténtica barbaridad. Aquí no hubiera ocurrido», sentencia la doctora Marisa López-Teijón. En España, como mucho, se pueden transferir tres embriones. Ni en el departamento de Reproducción Humana que ella dirige en el Instituto Marqués de Barcelona, ni en ninguna otra clínica, pública o privada, de nuestro país Nadya hubiera encontrado ayuda para engendrar y parir ocho hijos.

¿Los octillizos nacidos en Estado Unidos son, pues, fruto de una mala práctica? «A los médicos no les corresponde decirle a las mujeres cuántos bebés pueden tener. Yo no soy un policía reproductor», justifica el múltiple embarazo el ginecólogo James Grifo, docente en la facultad de Medicina de la prestigiosa Universidad de Nueva York.

Grifo no sólo estaría defendiendo con sus palabras el ultraliberalismo médico, cuya principal regla consiste en no tener reglas. De hecho, en EEUU, donde el sector privado domina al público (Nadya se habría fecundado en un centro de pago), las posibilidades de castigo no van más allá de que la clínica pierda las credenciales exigidas por las aseguradoras sanitarias para sufragar este tipo de costosos tratamientos. «Es un fracaso total nuestro. Un gran error», concluye la portavoz de la sociedad Americana de Medicina Reproductiva, Eleanor Nicoll. ¿Dónde está el límite?

«El límite no sólo lo marca el sentido común», remata sorprendida la doctora López-Teijón. «En el caso de esta mujer americana, ahora habrá que ver cómo van a evolucionar los bebés. Si su desarrollo quedará marcado o no por secuelas físicas propias de una gestación de muy alto riesgo y de un parto excepcional».

Y es que mamá Suleman, 33 años y divorciada, va de récord en récord. Su madre, Angela, ha destapado que los otros seis hijos de la parturienta también son fruto de una fertilización in vitro. Pues Nadya, dice, ha estado siempre «obsesionada con tener hijos». Y ya le vale con los 14. / PACO REGO